

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (coord.)

**LA AURORA
DE LA LIBERTAD**
**Los primeros liberalismos
en el mundo iberoamericano**

Marcial Pons Historia
2012

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN. EN BUSCA DE LOS PRIMEROS LIBERALISMOS IBEROAMERICANOS, por <i>Javier Fernández Sebastián</i>	9
CAPÍTULO 1. ENTRE LA MORAL Y LA POLÍTICA. LAS TRANSFORMACIONES CONCEPTUALES DE «LIBERAL» EN EL RÍO DE LA PLATA (1780-1850), por <i>Fabio Wasserman</i>	37
CAPÍTULO 2. «MONARQUÍA SIN DESPOTISMO Y LIBERTAD SIN ANARQUÍA»: HISTORIA DEL CONCEPTO DE LIBERALISMO EN BRASIL (1750-1850), por <i>Christian Edward Cyril Lynch</i>	75
CAPÍTULO 3. EL LIBERALISMO EN CENTROAMÉRICA EN TIEMPOS DE LA INDEPENDENCIA (1810-1850), por <i>Víctor Hugo Acuña Ortega</i>	117
CAPÍTULO 4. EL LIBERALISMO EN CHILE EN EL SIGLO XIX. LA FORMACIÓN DEL CONCEPTO, SU TRAYECTORIA Y SUS DIMENSIONES, por <i>Alejandro San Francisco y Cristina Moyano</i>	145
CAPÍTULO 5. «EL SISTEMA ADOPTADO EN LA NUEVA GRANADA»: «LIBERAL» COMO CONCEPTO DURANTE LA CONSOLIDACIÓN DEL ORDEN REPUBLICANO (1808-1850), por <i>María Teresa Calderón y Carlos Villamizar</i>	181
CAPÍTULO 6. EL LIBERALISMO EN CUBA Y PUERTO RICO (1808-1868), por <i>María Dolores González-Ripoll</i>	223
CAPÍTULO 7. LIBERALISMO EN ESPAÑA (1810-1850). LA CONSTRUCCIÓN DE UN CONCEPTO Y LA FORJA DE UNA IDENTIDAD POLÍTICA, por <i>Javier Fernández Sebastián</i>	261

	Pág.
CAPÍTULO 8. «LIBERAL» Y «LIBERALISMO» EN LA NUEVA ESPAÑA Y EN MÉXICO (1808-1848), por <i>Roberto Breña</i>	303
CAPÍTULO 9. REPÚBLICA TRAS EL INCIENSO. UNA HISTORIA CONCEPTUAL DE «LIBERALISMO» Y «LIBERALES» EN PERÚ (1810-1850), por <i>Víctor Samuel Rivera</i>	333
CAPÍTULO 10. EL LIBERALISMO EN PORTUGAL EN EL SIGLO XIX, por <i>Nuno Gonçalo Monteiro</i> y <i>Rui Ramos</i>	379
CAPÍTULO 11. LA «CARRERA DE LA LIBERTAD» (1808-1856). LIBERALES Y LIBERALISMO ORIGINARIOS AL ORIENTE DEL RÍO URUGUAY, por <i>Gerardo Caetano</i> y <i>Ana Ribeiro</i>	411
CAPÍTULO 12. AMIGOS DE LA LIBERTAD: PRESENCIAS LIBERALES EN VENEZUELA (1750-1850), por <i>Carolina Guerrero</i> , <i>Carole Leal</i> y <i>Elena Plaza</i>	459
NOTAS	493
RELACIÓN DE AUTORES	509

Introducción

EN BUSCA DE LOS PRIMEROS LIBERALISMOS IBEROAMERICANOS

Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN

Un liberalismo temprano, menospreciado y multiforme

«Liberales, como se llaman a sí mismos. ¡Liberales! Las palabras que uno conoce bien tienen un significado de pesadilla en este país. Libertad, democracia, patriotismo, gobierno: todas esas palabras tienen aquí un sabor de locura y de asesinato». A casi un siglo de distancia de las revoluciones iberoamericanas, éste era el pésimo juicio que le merecía el liberalismo de la región al británico Charles Gould, uno de los protagonistas de la novela *Nostramo*, que Joseph Conrad situó en el estado ficticio de Costaguana [CONRAD (1904) 1983, 73].

No se trataba de un testimonio aislado. Por el contrario, la evaluación negativa de las experiencias liberales en Iberoamérica constituía a esas alturas un lugar común —no sólo en la literatura, no sólo en el mundo anglófono—, un lugar común que pronto iba a cristalizar en la expresión injuriosa *banana republic* y que ha llegado hasta nuestros días¹.

Las raíces de esta desestimación, extensas y profundas, desde luego no son ajenas a la tradicional aversión protestante hacia los católicos (y viceversa), ni tampoco a la amplia difusión de algunos tópicos de la Leyenda Negra. Prueba de ello es que los prejuicios de los que se alimenta estaban ahí mucho antes de que los nuevos países iniciasen su andadura autónoma como Estados independientes. El presidente norteamericano John Adams aseguraba, por ejemplo, que, siendo los pueblos de Sudamérica los más ignorantes, beatos y supersticiosos de toda la cristiandad, proponerse establecer un «free government» en aquellos países —como pretendía Miranda— era una idea tan absurda como plantearse idéntico objetivo en la

Francia revolucionaria; sería, añade Adams, tan descabellado como empeñarse en instaurar una democracia entre animales salvajes (27 de marzo de 1815, ADAMS, 1856, X, 144-145).

La retórica antiespañola de los independentistas hizo suyo parcialmente este pliego de cargos para subrayar, como lo hizo Bolívar, que el «triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio» a que había estado sometido el pueblo americano durante tres siglos había tenido por fuerza perniciosos efectos sobre su moral ciudadana, lo que dificultaba extraordinariamente el establecimiento de instituciones liberales y republicanas (Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819). Por lo demás, el argumento podía aplicarse ocasionalmente *mutatis mutandis* a la propia metrópoli. En una carta de 1835, el embajador británico Villiers escribía, refiriéndose a España, que el país «no e[ra] apto para instituciones liberales y [...] aun en el caso de que existiera el deseo de ellas, sería necesario no acceder a este deseo durante algún tiempo o mientras la nación no alcance un grado de educación determinado»².

Asumidas con ligeros matices estas descalificaciones por los protagonistas de la emancipación y por varias generaciones de intelectuales que culparon a la «herencia colonial» y a los «tres siglos de despotismo» de los fracasos de aquellas sociedades —en especial de dos fenómenos tan característicos del mundo hispano decimonónico como la inestabilidad política y el caudillismo—, tales estereotipos y juicios de valor tendrían su prolongación en buena parte de la historiografía hasta nuestros días. De hecho, el liberalismo latinoamericano ha sido mirado con desdén por numerosos historiadores —particularmente en los años setenta y ochenta del siglo pasado—, que lo han considerado una impostura: un movimiento político «antipopular, falsario y falaz» (IZARD, 2003). Ocurre, sin embargo, que muchos de estos juicios se apoyan en criterios francamente anacrónicos, poco sensibles a la historicidad de las sociedades que se trata de estudiar. Así, no es infrecuente que se tilde al liberalismo de hipócrita e inconsecuente por no haber eliminado la corrupción o el clientelismo, por no haber sabido o querido abrir la vida política a la participación de toda la población en condiciones de igualdad, como si los liberales del siglo XIX estuviesen moralmente obligados a cumplir el programa más avanzado de las democracias occidentales de la segunda mitad del siglo XX.

Es evidente, por lo demás, que los primeros liberales iberoamericanos tuvieron que hacer frente a grandes desafíos, comparativamente mucho mayores que los de sus vecinos del norte. Por de pronto, tuvieron que poner en pie nuevas instituciones para

gobernar y administrar poblaciones enormemente heterogéneas que vivían diseminadas en inmensas extensiones territoriales, bajo climas y condiciones de vida muy diversos. Se encontraron además en una situación paradójica: tenían que aplicar todo su ingenio a la creación y al robustecimiento de los nuevos Estados y, al mismo tiempo, en tanto que liberales, deseaban circunscribir y limitar sus poderes; a partir de mediados de siglo, se esforzaron por recortar los privilegios de la Iglesia y por alcanzar cierto grado de secularización en sociedades abrumadoramente católicas, pluriétnicas, y que precisamente tenían en las creencias religiosas compartidas uno de los escasos y más importantes vínculos que las mantenían unidas.

Con distintos argumentos y razones, también los historiadores peninsulares han mantenido durante décadas —y en algunos casos siguen manteniendo— opiniones algo más que escépticas con respecto al arraigo del «verdadero liberalismo» en los dos países ibéricos. En el terreno de la historia intelectual a menudo se ha señalado la escasez de teóricos de verdadera enjundia, susceptibles de ser incluidos en el canon de grandes pensadores del liberalismo occidental. Además, desde la perspectiva de la historia política y social, el exagerado peso de ciertas tradiciones e inercias culturales «feudales y corporativas», o bien «centralistas y autoritarias», el atraso económico y la debilidad de sus respectivas burguesías habrían conducido al estrepitoso fracaso de las revoluciones liberales en España y en Portugal. Tales revoluciones no pasarían de ser fenómenos políticos postizos y superficiales, carentes de arraigo social: por debajo de una fina capa de retórica e instituciones falseadas en manos de una oligarquía, el Antiguo Régimen se habría mantenido incólume hasta bien entrado el siglo xx. Y todo ello pese a que, tanto en Portugal como en España —a diferencia de la gran mayoría de países europeos—, desde 1834 las instituciones liberales pervivieron contra viento y marea durante todo el ochocientos.

A la luz de investigaciones históricas muy diversas —análisis comparados de los sistemas y prácticas electorales, formas de sociabilidad y esfera pública, construcción de los Estados, estudios de historia del pensamiento político y del constitucionalismo, etc.— tales visiones caricaturescas están siendo profundamente revisadas en estos últimos años. Este libro forma parte de ese esfuerzo por repensar el liberalismo en la región, en este caso desde el punto de vista de los lenguajes y vocabularios³. Veremos que, pese al aire de familia que encontramos en diversos espacios y momentos, los liberalismos presentes en la región son extraordinariamente diversos. Más que de un

liberalismo iberoamericano, habría que hablar de un amplio abanico de experiencias liberales con un grado de visibilidad, relevancia y consolidación marcadamente distinto de unos países a otros.

En lo que a América latina respecta, una de las explicaciones más comunes para ese balance decepcionante es la de quienes sostienen que el liberalismo era desde el principio una planta exótica; el intento extemporáneo de transplantar esas «ideas fuera de lugar» (R. Schwarz) a la región estaría abocado al fracaso y no podría menos que producir una «aberración cultural»⁴. ¿Cómo una ideología inventada en Europa, pensada por y para europeos —incluyendo los europeos trasplantados a la América anglófona—, podía servir para regular y gobernar sociedades multiétnicas y con amplias poblaciones indígenas, tan distintas y tan complejas como las de las Américas española y portuguesa?

Los hechos, sin embargo, son testarudos y cuestionan algunos de los supuestos de estas explicaciones, típicas del viejo paradigma difusionista. Ciertos datos político-lexicográficos no siempre bien conocidos resultan a este respecto muy elocuentes. Los primeros (así llamados) *liberales* fueron españoles, españoles europeos y americanos. Las expresiones «partido liberal» y «liberalismo» se usaban en castellano varios años antes de que los términos o frases equivalentes en francés e inglés empezaran a circular en las áreas francófonas y anglófonas del Atlántico norte⁵. Hubo periódicos rotulados con la palabra *liberal* antes en Cádiz y en Lima que en París, Londres o Bruselas⁶. Y desde entonces varios movimientos políticos se llamaron *liberales*, sobre todo en la segunda mitad del Ochocientos. No es extraño, por tanto, que el liberalismo constituya un concepto insoslayable a la hora de dar cuenta de la evolución del mundo iberoamericano en el siglo XIX. En algunos países —Colombia, España, México, Perú, Portugal...— se escribieron incluso trabajos historiográficos de cierta relevancia sobre el tema ya en el Ochocientos y en las primeras décadas del Novecientos, si bien será a partir de mediados del siglo pasado cuando, de la mano de autores como López Cámara, Reyes Heróles, Cosío Villegas, Ocampo López, Carrera Damas, Jaramillo Uribe, Donoso, Collier, Pivel Devoto, Díez del Corral o Artola Gallego, el liberalismo pase a constituir un objeto de estudio ineludible en varias historiografías nacionales.

Más o menos por esos años Louis Hartz, sin dejar de reconocer que en los Estados Unidos no hubo en los siglos XVIII y XIX ningún movimiento político que utilizase ese nombre para autodesignarse, sostenía que la «tradición liberal» fue un rasgo inherente a la ex-

perencia histórica de los norteamericanos desde el asentamiento en el Nuevo Mundo de los peregrinos del *Mayflower*. Según Hartz, que recoge en este punto diversas impresiones de Tocqueville, Santayana y otros autores, el «frame of mind» de los colonos y luego de los estadounidenses se correspondería con una especie de «natural Liberalism», no por innominado menos consustancial a la mentalidad imperante en un país carente tanto de «tradición feudal» como de «tradición socialista» (HARTZ, 1955, 5 ss. y 10-11; BAILYN, 1992, 351-352 y 367)⁷. Sin arriesgar ninguna interpretación retrospectiva «naturalizante» al estilo de Hartz, nos limitaremos a constatar, por nuestra parte, que el liberalismo estuvo presente en Iberoamérica en los discursos de los actores desde el tiempo mismo de las revoluciones de independencia.

Sabemos hasta qué punto, en las últimas décadas, la vieja visión hartziana de la historia norteamericana ha sido desplazada por una hermenéutica alternativa que ha puesto el acento más bien en la importancia de las ideologías, tradiciones y lenguajes republicanos (Pocock, Wood, Bailyn)⁸. En los últimos años, un cierto número de académicos ha proyectado también sobre nuestros países esta mirada, sacando a la luz evidencias de que no faltaron ciertas formas de republicanismo en los inicios de los Estados iberoamericanos. A este respecto, sin embargo, merece la pena señalar una diferencia fundamental entre ambas corrientes o tradiciones político-intelectuales. Mientras que el republicanismo al estilo de Pocock es un paradigma analítico relativamente reciente, construido por un grupo de historiadores a partir de los años 1970, el liberalismo no tuvo que ser «descubierto» tan tardíamente, puesto que se le encuentra sin dificultad en las fuentes del siglo XIX. Dicho de otra manera: a diferencia del republicanismo, que es una creación del historiador (aunque uno pueda toparse esporádicamente con la voz «republicanismo» en la publicística del siglo XIX en un sentido trivial) (RODGERS, 1992), el liberalismo es un concepto manejado por los actores (aunque con el tiempo acabaría formando parte también del utillaje conceptual del historiador).

Liberalismo e independencias americanas: entre lo universal y lo particular

De acuerdo con el enfoque adoptado en este libro —que implica un regreso a las fuentes primarias, para intentar discernir las voces del pasado de los ecos distorsionantes que la historio-